

Una biografía de
ENRIQUE GIL Y CARRASCO
EL BARDO DE LA NIEBLA

José Luis Suárez Roca



La niebla: Villafranca, 1815-1823

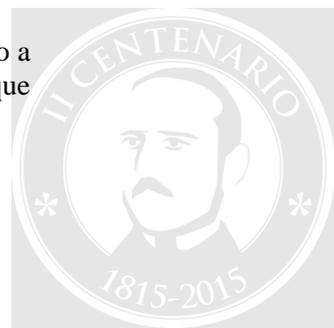
15 de julio de 1815: Villafranca del Bierzo, calle del Agua, ¿número 15? Al atardecer de luna nueva y nieblas sobre el Burbia nace Enrique María Manuel, segundo hijo de don Juan Gil y doña Manuela Carrasco, distinguido matrimonio asentado en la villa dos años antes del fin de la Guerra de la Independencia. En la imaginación de los niños del Bierzo flota aún la estampa marcial de Napoleón Bonaparte: ese mismo día, a bordo del *Belerofonte*, el emperador se rinde ante las tropas inglesas tras la batalla de Waterloo. Tiene entonces Villafranca del Sueño “una vaga atmósfera de humo, de leña quemada en los hornos de las panaderías, de vapor en las fraguas y braseros en las bodegas de los vinateros a granel.” (Mestre-Muñoz)

¿Quién puede negar que a sus cinco años viera Enrique un árbol colmado de arcángeles? Los vientos del Romanticismo están soplando con fuerza sobre todas las repúblicas del Noroeste Atlántico. Observad junto al mar a William Blake esparciendo con voz de trueno sus ‘cantos de inocencia’. A John Keats le queda un año de vida, y los duendes del agua se entretienen contando historias sobre mujeres delirantes y enfermos terminales de melancolía.

Es la primavera de 1820 y se extiende por el país la revolución del general Riego: se inaugura el Trienio Liberal del reinado de Fernando VII. Son expulsados los monjes del monasterio de Carracedo y vendidas sus propiedades. Villafranca se agita, grita libertades en lengua galaica, y se convierte en 1822 en capital de la provincia de Villafranca del Bierzo. A la sombra de los alisos está aprendiendo Enrique Gil la gramática del agua y las caligrafías de la niebla. El mundo es ya como una naranja azul. Pero el mal, agazapado entre las piedras nobiliarias, se arroja en forma de deshonra sobre la casa del padre: don Juan Gil ha de abandonar su cargo de administrador de los bienes de los Marqueses de la villa: un desfalco de miles de reales cometido es la triste causa. El sólido edificio paterno comienza a tambalearse.

Por la calle del Agua pasa de tarde en tarde algún caminante arrepentido. Es la calle de la peregrinación hacia el ‘fin de la tierra’:

Villafranca, a despecho de una situación infelicísima, se había ido formando poco a poco al calor que le daba el tránsito extraordinario de peregrinos extranjeros que por el camino francés iban a adorar las reliquias del Apóstol Santiago...



Enrique se asoma a la ventana de su alcoba y los ve perderse en el crepúsculo: su inocencia le impide vislumbrar el garabato de la muerte.

Y se acerca el final de su morada en el paraíso del Burbia: se acerca también el fin del Trienio Liberal en la España prerromántica. Enrique Gil, ocho años cumplidos, hijo adoptivo de la niebla, acoge su misterio como símbolo.

Niebla pálida y sutil,
que en alas vas de los vientos,
no así callada y sombría
desaparezcas a lo lejos,
o en pos de ti correré,
sin vagar y sin sosiego,
porque está sedienta el alma
de tus sombras y misterios

Acuérdate, engañadora,
del inocente embeleso
con que, niño embebecido,
contemplaba tu silencio
por ver si en él resonaban
perdidos y blandos ecos
de las arpas melodiosas
de las magas de los cuentos.
[...]

El Sil: Ponferrada, 1823-1828

Septiembre de 1823: la familia Gil se instala en Ponferrada: el padre ha sido nombrado Administrador de Rentas Reales de la villa y su partido por la Regencia absolutista de Madrid. Ponferrada se extiende muy poco más allá de la plaza de las Eras, de la basílica de la Encina y de la fortaleza templaria. Enrique “corre por las márgenes del Sil buscando madre selvas, trenza con ellas pequeños ramos y los arroja al río”. Por entre las ruinas del imponente castillo, cerca de la casa donde ahora reside, juega y fantasea y va descubriendo los secretos agridulces de la adolescencia. Germina el temperamento melancólico del poeta ante un espacio tenebroso y lírico, fantástico y medieval. El Sil, las nieblas sobre el Sil, las almenas que aún coronan la antigua morada de ‘los pobres soldados del Templo de Salomón’: es paisaje de ensueño romántico, el paisaje que le transporta hacia las médulas mágicas de la literatura.

Río de las ondas claras

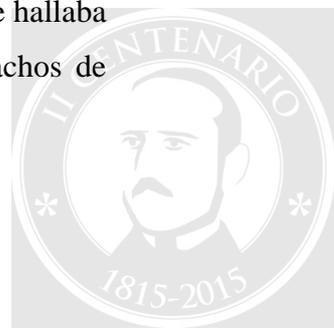


y las arenas de oro,
que en los remansos te paras,
y de sus sombras amparas
tu codiciado tesoro,
yo, que mi frente infantil
miraba en ti reflejar,
sin que su terso marfil
pidiera el ardor febril
de la pasión empañar,
¿por qué no escucho un acento
de los días de mi infancia
en tu raudal violento?,
¿por qué pasas turbulento
con tu espuma y arrogancia?
[...]

Hasta los trece años estudia Enrique en las aulas del colegio de los Padres Agustinos: son las horas del latín, la geografía, la historia, la poesía de Virgilio y los prodigios cantados por Homero. Pero también el refugio en las lecturas de vidas de santos y de héroes de caballería, y aun de poemas prerrománticos españoles y franceses y leyenda nórdicas: veinte años más tarde, contemplando Brunswick a la orilla del Elba, recordará cómo de niño leía ansiosamente las aventuras del barón Trenck... “Oh, el barón Trenck, modelo de suicidas”, declara uno de los personajes de *El Club de los suicidas* de Stevenson. ¿Ha elegido ya Enrique Gil el camino de la poesía? “Ha elegido ya el lenguaje de sus dioses. Ellos serán la personificación de los valles, la amistad con el idioma de los cielos, la memoria de lo inaprensible como invocación de futuro.” (Mestre-Muñoz) La Naturaleza y la Historia: el Sueño y la Aventura: dos territorios ‘sublimes’ por los que transita con delectación el inocente poeta.

El frío: Vega de Espinareda-Astorga, 1828-1831

Otoño de 1828: por primera vez deja el hogar paterno: ha de proseguir sus estudios en el monasterio benedictino de San Andrés, en Vega de Espinareda. Es la última estancia larga de Enrique Gil en el Bierzo, pues a partir de 1829 sólo regresará a esta tierra en los periodos de vacaciones escolares y descansos. Brumosos, lúgubres amaneceres descienden sobre este monasterio. Sin embargo encuentra ahí profesores excelentes y condiscípulos que no tardan en quererle con ese culto de cariño que hallaba Enrique en todas partes: “No era penitencia convivir con docenas de muchachos de



pareja edad y condición, y en cuanto se desvaneció la tristeza del alejamiento, gozó el nuevo escolar las inocentes travesuras acostumbradas, bromas a los novatos, preparación de ‘veladas’ literarias a celebrar en víspera de vacaciones, paseos por el campo en las tardes de jueves y domingos. ‘Filósofo’ ya, no dejaría de sentir el orgullo de sus descubrimientos, mirando a los ignorantes ‘latinos’ de los primeros años como a seres que desconocen el sabor de la ciencia.” (Gullón)

Octubre de 1829: a los catorce años ingresa Enrique en el Seminario de Astorga para continuar sus estudios de Enseñanza Media. Del verdor de los valles bercianos a los rojizos campos de la Maragatería: Astorga, augusta y conventual, en cuyo palacio episcopal se ha albergado el gran Napoleón. En el Seminario todos los ejercicios se hacen en latín. La disciplina es muy severa. La vida ahí dentro es reglada y apacible. Pero el frío es muy intenso en invierno. Y las soledades y los silencios. A pesar de todo, desde la nostalgia contemplará Gil con gusto el tiempo pasado en este Seminario

Conciliar:

Si no merece grandes elogios por su suntuosidad arquitectónica, es de alabar por lo menos por su buena situación, su espaciosidad y despejo (...) A nuestros ojos tiene el encanto de los recuerdos de tiempos mejores que pasaron ya, porque en sus claustros paseábamos, a guisa de peripatéticos, argumentando a voz en cuello sobre las proposiciones del Guevara, y en su refectorio pasábamos los ayunos consiguientes así a la mala calidad de las comidas, como a la mejor de las travesuras propias de aquellos años dichosos en que los castigos y encierros estaban compensados con tantas y tan alegres escenas.

Dos años transcurren hasta que alcanza a comprender los enigmas de la Filosofía Moral y la Metafísica. Una segunda enseñanza, tal vez más profunda, ha recibido: el Pasado Esplendor, las Ruinas de la augusta ciudad romana, le han arrastrado a la meditación romántica sobre la Muerte y la Belleza, sobre el Espíritu que habla desde las profundidades del Paisaje y la Arquitectura. El poeta sin embargo no puede imaginar que haya llegado ya a la mitad de su vida: dieciséis años. “El adolescente ha ido muriendo día tras día, y a Ponferrada volverá un hombre, un joven dispuesto a la aventura de la vida, pero mal preparado para ella.” (Gullón)

Durante los periodos vacacionales Enrique Gil recorre el Bierzo: visita Las Médulas, Carracedo, la antigua Bérigidum, Cornatel... ruinas que son testigos no sólo de una historia y una estética, sino también de una ideología nacionalista y medievalista que los románticos están elevando a la categoría de inmortal. Y al mismo tiempo que



registra sus tristes ecos, va el soñador componiendo su gramática de ficción: ahí se le ofrecen los escenarios para una novela del porvenir...

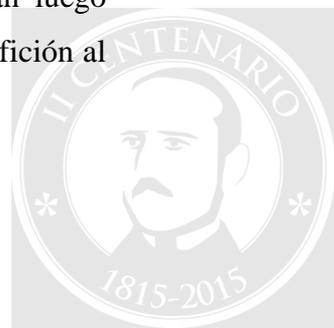
Y conoce entonces a Guillermo Baylina, su primero y gran amigo, oriundo de una familia ilustre de Ponferrada, a quien la muerte no tardará en llamar. Y, por medio de Guillermo, a su hermana Juana, dos años menor que Enrique: Juana Baylina, amor y musa del poeta (Quintana), mujer ideal cuyo retrato dibujará Gil en desesperada literatura:

Era una doncella de ojos negros, de frente melancólica y de sonrisa angelical: su alma era pura como los pliegues de su velo blanco, y su corazón apasionado y crédulo como el de nuestro joven. Los dos corazones volaron al encuentro; se convirtieron en una sustancia aérea y luminosa, confundiendo sus recíprocos fulgores, y las flores de alrededor bajaron sus corolas hacia el suelo estremecidas de placer. De entonces más los dos amantes se amaron como se ama por primera vez en la vida, y el porvenir sonaba en sus oídos como una promesa inefable de unión sin fin y de amor eterno...

Es una relación misteriosa, una relación amorosamente triste, irreal, novelesca, en el albor de su juventud. Enrique Gil y Juana Baylina: extraños personajes en la Ponferrada romántica, “amantes en perpetua aspiración de encuentro, dos confusos ante la sobria monotonía de los hábitos sociales, dos insomnes en la oscuridad...” (Mestre-Muñoz) ¿Qué hay detrás de todo ello para que no pueda esa neblinosa relación ser vivida a la luz del día y consumada en plenitud?

La libertad: Valladolid-Ponferrada, 1832-1836

Seguramente por imperativo paterno, en enero de 1832 Enrique se ha instalado en Valladolid para cursar la carrera de Leyes. Valladolid es entonces una ciudad en decadencia, una gran ciudad, de acuerdo con el testimonio de Teófilo Gautier, “casi despoblada: caben en ella doscientas mil almas y apenas tiene veinte mil. Es una ciudad limpia, tranquila y elegante en que ya se percibe la proximidad del Oriente.” Por sus despejadas calles, casi desiertas, contemplando sus arruinadas casas, camina con su pena Enrique Gil, arrastrando como un poeta herido su quimera, su honda crisis espiritual. En Valladolid tiene trato asiduo con varios compañeros que serán luego escritores y eruditos prestigiosos. Frecuenta el teatro de la ciudad, se aviva su afición al



género dramático, deambula por los viejos cafés, realiza algunos viajes, pule sus versos juveniles: sabe que no basta con el sentimiento para ser un buen poeta.

Y la España de Fernando VII languidece en su ‘década ominosa’. No le tiembla la mano al viejo rey ‘indeseado’ para sellar la sentencia de muerte del general Torrijos y sus compañeros liberales: son fusilados el once de diciembre de 1831. Son mártires de una Libertad que grita casi toda España y que han de estimular el estro poético de Enrique Gil. “La consigna del tiempo es libertad. Larra la proclama en España y almas ardientes la gritan en todo el mundo. Lord Byron ha muerto por la libertad de Grecia y su muerte enardece a los soñadores, partícipes de su exaltada fe; por Polonia libre luchan incesantemente los patriotas... Lamartine es en Francia el ídolo, un tanto lacrimoso, de la nueva escuela. En Rusia se agita el poderoso cuerpo antes letárgico: Puskin ha cantado en Petersburgo con inmortales acentos, y en cualquier país, en cualquier lengua, se repiten los trenos de Schiller exaltando a Guillermo Tell, condenando a Felipe II. Una encrucijada: hechos y obras que fueron sucediéndose durante cuarenta años llegan a conocimiento de jóvenes como Enrique, atónitos por el descubrimiento de este inmenso continente de valores insospechados.” (Gullón) Su educación religiosa y tradicional choca con la nueva ideología del Romanticismo: mas poco a poco el Enrique tímido, contemplativo y solitario, introspectivo y nostálgico, asume la condición de hombre liberal, del hombre que ha de interpretar críticamente la realidad de su época. No es extraño así que el espíritu rebelde del general Torrijos le inspire para componer un poema en su memoria:

Ondas del mar de Málaga la bella,
que visteis apagarse en vuestra orilla
del cielo de Corté la última estrella
con el último nieto de Padilla.

Arenas, que con peine de cristales
pule esa mar tan lánguida y sonora,
do flotaron del Cristo las señales
ante el pendón de la falange mora.

Aguas, de espuma coronad la huesa
donde duerme el caudillo de los bravos;
arenas, amparad en sombra espesa
la víctima inmortal de los esclavos.

No guarda el mar el rastro de su barca
ni su huella la margen floreciente;
serenó el mar la mano de la parca,
borró su huella sangre del valiente.



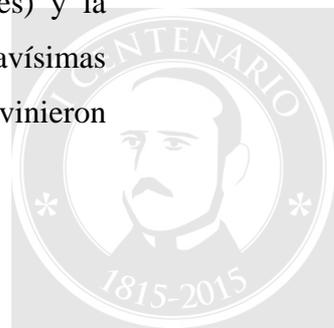
Arrodillado, con los ojos fijos,
esa tumba sagrada adoraría,
y la gigante sombra de Torrijos
entre el sol del ocaso buscaría.

Paz, le dijera, a tu desierta losa;
yo te cantara y, si laurel tuviera,
yo dejaría su guirnalda hermosa
en la tranquila paz de esta ribera.

Mas, huésped de la bella Andalucía,
cisne sin lago, bardo sin historia,
mi perdido cantar empañaría
el rutilante sol de tu alta gloria.

España, tras la muerte de Fernando VII en 1833, se divide en dos bandos: los partidarios de don Carlos no aceptan el orden ‘real’ establecido. La guerra civil entre carlistas y cristinos afecta también a Enrique Gil. En octubre de 1835, “Mendizábal, para hacer frente a la situación militar, que se agravaba en el Norte, ordena la leva de los hombres de 18 a 40 años y, como el número resultase demasiado importante, se sortean cien mil. Enrique Gil saca un mal número en el mismo momento de su ingreso en quinto año de Leyes. Pero pronto se ve liberado de su obligación.” (Picoche) Enrique Gil es soldado unos dos meses: breve estancia en el ejército liberal que le permite cruzar algunas regiones (Asturias, el valle del Pas) e interesarse por la naturaleza y las costumbres de sus moradores campesinos. Testimonio de este espíritu curioso y ‘etnográfico’ suyo son los artículos *Los montañeses de León*, *Los asturianos* y *Los pasiegos*, que verá publicados poco después en el *Semanario Pintoresco Español*.

Pero más dura que esa guerra que devora la Península es la contienda que Enrique está librando en su interior desde que ha llegado a Valladolid: una desgracia ha caído sobre su casa paterna, una deshonra familiar que influirá sobre su vida y la sustancia moral con que alimentará su literatura. En octubre de 1831 su padre ha sido de nuevo denunciado por fraude, “por robar en la medida de la sal”: pierde su puesto de trabajo como administrador de Rentas Reales de Ponferrada. Es el principio de la ruina económica de la familia. Enrique Gil se ve obligado a interrumpir sus estudios durante unos quince meses, entre 1835 y 1836, y regresar a Ponferrada. “Este nuevo delito cometido por su padre, su comportamiento (al denunciar a sus denunciados) y la posterior condena, que reconocía su culpabilidad, tuvo para Enrique Gil gravísimas consecuencias morales y éticas. Todos los valores pregonados por su padre se vinieron



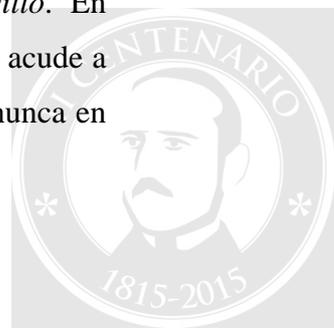
por los suelos... Toda su juventud, la edad más crítica, se vio inmersa en este proceso de fraude y que sacaba a relucir los otros dos anteriores de Villafranca. Todo un escándalo que llevará a nuestro autor a una actitud de desconfianza hacia la vida, que encuentra su origen y razón de ser en las conductas de su padre y en las consecuencias derivadas de ella, y no en el desamor...” (Fernández)

Es entonces cuando el desgarrado poeta, no creyendo ya en el padre, se rebela contra él, y decide partir hacia Madrid, sacrificando así, en aras de la literatura, al ángel cautivo de su pasión amorosa. Es una verdadera huida, sí, mas el hijo adoptivo de la niebla sabe que la conquista de la gloria poética ha de ser dolorosa. Tan sólo por su amigo Guillermo Baylina es acompañado cuando se despide de Ponferrada. Tardará tres años en volver.

El amargor de la fama: Madrid, 1837

En el otoño de 1836 Enrique Gil llega a la capital de España, se hospeda en una incómoda y sucia posada de la calle de Segovia, y, aunque se matricula en la nueva Facultad de Derecho, pronto abandona los estudios. Enseguida se une al grupo de escritores formado en torno a José de Espronceda, con quien tramará una fuerte amistad. Frecuenta las reuniones del *Parnasillo*, en el sombrío café del Príncipe, y se siente satisfecho al mezclarse con románticos como Larra o Mesonero Romanos. No es suficiente todo eso para dejar de pasar necesidades: “Durante inacabables meses el confiado joven de los comienzos aprende a su costa la dura lección de la vida. El pícaro había muerto y aun no estaba inventada la bohemia. Gil, además, carece de aptitudes para la truhanería y la trampa; es por temperamento y por inclinación un hombre distinguido y serio, no adaptable a oficios y artificios de vividor. A su sencillez de costumbres junta nobleza de pensamiento, incapaz de transigir, no ya con lo torpe y rastrero, sino con lo incorrecto o chabacano. Está mal preparado para la lucha. Soñador e inteligente, es también inexperto y harto sentimental, aunque rehúya lo sensiblero, lo lacrimoso, y acepte el lote de dolores adjudicado por el destino.” (Gullón)

Porque las cartas de la muerte van llegando a su refugio. Larra se suicida en febrero de 1837 y a su entierro asiste Gil con los miembros del *Parnasillo*. En septiembre de ese mismo año recibe la noticia de que su padre ha fallecido. No acude a su entierro, “y la herida abierta de una reconciliación imposible no se cerrará nunca en



la emotividad del poeta.” No transcurre un mes y muere su íntimo amigo Guillermo Baylina. No será este el acto último de su ‘drama’ romántico: el 14 de noviembre entierran en Ponferrada a su idolatrado amor, Juana Baylina. El poeta, atormentado, y aun seducido por el ángel negro del suicidio,

...sintió que su alma se cansaba de la vida, y una nube de suicidio empañó por un instante su frente. Aquella idea maléfica fascinaba cada vez más sus sentidos, y sentía doblarse bajo su peso todas las fuerzas de su ser, cuando la voz de una campana pausada y misteriosa vino a liberarle de ella...

busca consuelo en la trascendencia: la literatura es la barca que puede transportarlo al otro lado de la muerte, hasta esta orilla más real de la vida, más humanizada ya, cuyo sentido en adelante ha de reconquistar con su dolor persistente y su más pura imaginación. Y Enrique Gil es ante todo fiel con la memoria de sus amados seres desaparecidos: la muerte de Juana Baylina es seguramente el origen del poema titulado *Una gota de rocío*, que su amigo y valedor José de Espronceda lee al mes siguiente en la sociedad literaria y artística del Liceo y que aplauden con fuerza todos los concurrentes. Así se va forjando el destino de Gil: la muerte de su amor le inspira un poema con el que precisamente se le abren las puertas de su consagración:

Gota de humilde rocío
delicada,
sobre las aguas del río
columpiada.
La brisa de la mañana
blandamente,
como lágrima temprana
transparente,
mece tu bello arbol
vaporoso
entre los rayos del sol
cariñoso.
[...]
¿Eres lágrima perdida,
que mujer
olvidada y abatida
vertió ayer?
[...]
¿O de amarga despedida
el triste adiós,
lazo de un alma partida,
¡ay!, entre dos?
[...]



“¡El milagro se ha obrado! *La gota de rocío* ha caído del cielo para cambiar la oscura faz de su vida. Es el primer canto de un joven ruiseñor, fresco como las hojas que cubren su nido, dulce como el susurro de la fuente en que su sed apaga: es el símbolo misterioso de tu existencia, el prólogo de un poema de amor”, escribe su hermano Eugenio. Es posible entonces ganarse el pan con la literatura más íntima, destilándola y haciéndola pública en los periódicos y semanarios más prestigiosos de la época.

El mundo perdido: Madrid, 1838

Amanece el año 1838, uno de los más fecundos de Enrique Gil. En el periódico *El Español* le dejan un hueco para publicar dos de los poemas que ha compuesto en los últimos días: *La campana de la oración*, a la memoria de su desgraciado amigo Guillermo Baylina,

[...]
Paréceme en las noches más oscuras
oír entre tus ecos de metal
unas palabras tímidas y puras
perdidas en tu acento funeral.
Palabras de abandono y confianza,
blando perfume de inocencia y paz,
ideas de fantástica esperanza,
memorias de dulcísima amistad.
Memorias, sí, del malogrado amigo,
del malogrado amigo que perdí,
que repartía su placer conmigo
y descargaba su amargura en mí,
que desplegó mi corazón de niño,
como el alba las hojas de la flor,
y suavizó con maternal cariño
mis ideas de luto y de dolor.
[...]

y A***... *Sentimientos perdidos*, en memoria de su musa-amor de Ponferrada,

[...]
Tierno latió mi corazón de niño
con delicioso amor,
y, a su compás, otro infantil cariño
lató consolador.
Entonces yo canté, yo fui poeta,
que era bello cantar
como es bello a la humilde violeta



su cáliz desplegar.
Mas el alma dormía confiada
so nube tormentosa,
y viose al despertar abandonada
en noche tenebrosa.
[...]

Es ya Enrique Gil uno de los habituales del círculo del Liceo. En sus salones a menudo “se alza el eco tierno y melancólico de su voz”. En el Liceo asiste a conciertos y representaciones teatrales, escucha en las ‘sesiones de competencia’ a escritores conocidos y principiantes que recitan sus exaltadas rimas románticas. Y como socio del Liceo participa, el 30 de enero de 1838, en la recepción oficial de la Reina Regente, doña María Cristina, a quien se ofrece un álbum que contiene, además de piezas musicales y dibujos, seis composiciones poéticas: Gil es uno de los seis poetas elegidos, y dedica a la reina su poema *La niebla*, en el que no figura alusión alguna al acontecimiento que lo motiva, “lo que permite al autor evitar los ripios y tópicos de sus compañeros y presentar así a la soberana el mejor de los seis poemas.” (Picoche)

[...]
Niebla, ya no puedo ver
en tu misterioso espejo
los vergeles del placer,
que el corazón está viejo
de quebranto y padecer.
Pasó mi infancia muy triste,
más pasa mi juventud,
que entonces tú me acogiste,
y hoy mi ventura consiste
en la paz del ataúd.
Mas, ya que has sido mi amor,
envuélveme con tu velo,
dame sombras y consuelo,
que tú sola mi dolor
has comprendido en el suelo.

Y al amparo de la niebla prosigue Enrique Gil trazando versos, componiendo poemas que son meditaciones sobre la maldad del mundo y la candidez de la juventud (*La isla desierta*), símbolos de lo fugitivo, evocaciones de una infancia y unos ideales perdidos (*La mariposa*, *Un recuerdo de los Templarios*), llamas de la desesperación amorosa (*Un ensueño*), presentimientos de una muerte no lejana: *El cisne*:

Ay, pájaro sin ventura!
Si morir es tu destino,
si allá de la sombra oscura



llega la muerte segura
en el ronco torbellino,
¿por qué no gallardearte
cuando la vida es tan bella,
y a su magia abandonarte,
y vistoso engalanarte
como la gentil doncella?
[...]
Pero si vas a morir,
¿qué importa un misterio más?
¡Ay!, el dejar de existir
misterio es que a concebir
no alcanzó el hombre jamás.
Pues bien, si morir es ley,
envanécete en la vida,
alza la frente florida,
que tu corona de rey
no está del todo perdida.

Gran prestigio alcanza su nombre, puede expresar con fruición Gil los frutos de la gloria efímera. Pero España sigue desgarrándose en su romántica guerra civil. “En aquel Madrid, donde la reina, bella y enamorada, daba ejemplo de pasión irresistible, lo melancólico privaba.” Pues para compensar la brutalidad de la guerra, sus desastres y horrores, “buscaban las gentes en la poesía y en la novela las dulzuras negadas por la vida. Bajo una capa de convencional melancolía fermentaba en el alma popular la levadura del odio.” (Gullón) Los liberales también combaten entre sí, se producen en la capital disturbios y ejecuciones que espantan a los más audaces viajeros extranjeros: el barón Dembowski encuentra a España “en una de esas crisis de transformación social en que los pueblos viejos son más interesantes de estudiar”; observa “los síntomas de la metamorfosis política que sufre”, y recoge los últimos suspiros de esa “deliciosa novela española” que fascina a los románticos europeos y está en trance de “morir a los golpes de nuestra civilización prosaica”. “¡Pobre España!”, escribe este barón de familia polaca emigrada, en su cuaderno de viaje, el uno de junio de 1838, el mismo día en que Ventura de la Vega lee en el Liceo el primer poema heroico que ha escrito Enrique Gil, *Polonia. Al príncipe Luciano Woroniecki*, en el que lamenta la situación de una nación destrozada ante la impasibilidad de Europa:

[...]
Y esa Europa que vía tu quebranto,
esa Europa que culta se llamaba,
que miró tus ultrajes y tu llanto
y tu flor que en la sangre se ahogaba;



esa Europa del débil protectora,
¿te tendía una mano de consuelo?
¿Fue a levantarte al despuntar la aurora,
cuando hollada rodabas por el suelo?

No, que tembló decrepita y cobarde,
y apegada a villanos intereses,
hizo de humanidad pomposo alarde,
pero plantó tus campos de cipreses.
[...]

Son tan fuertes los aplausos que recibe, acaso los mayores de su carrera, que Gil tiene que presentarse al público para que le prodigue sus muestras de estimación. Porque la oda patriótica de Gil, en palabras de un gacetillero, “está llena de fuego y de entusiasmo, de una verdadera sensibilidad y con imágenes vivas y originales.”

Pocos días después, cuando está a punto de cumplir los veintitrés años, lee en el Liceo *El Sil*, poema lírico en el que de nuevo evoca su infancia, “¡oh, quién pudiera volver a tan rosadas auroras!” Espoleado por el recuerdo de ese mundo perdido, el poeta trabaja durante el verano, le arranca al sueño versos de amor quebrado y muerte transfigurada: en su memoria “se han hecho huéspedes perpetuos los fantasmas...” Se despierta septiembre y ofrece a la prensa *La nube blanca*, “...sus alas de azul y oro/tendió el ángel de la noche...” poema de vaporosas geografías, y leyéndolo hoy al alba viene a nuestra memoria sensitiva el *Annabel Lee* de Allan Poe, poema que destila tristeza del Norte,

blanca nube peregrina,
tú la reina del misterio,
oh nube, tú que le ves en triste cautiverio,
busca el amor marchito de mi amada [...]
y dile que en el mundo sin ventura
se arrastra mi doliente juventud,
y en largo paso hacia la sombra oscura
marchando voy del lúgubre ataúd.

Durante el otoño ve impresos sus poemas *La mujer y la niña*, *La voz del ángel* y *Meditación*, “mi amor pasó como una nocturna sombra”: un nuevo presentimiento de muerte en un país lejano:

¡Oh, morir solo en ignorada tierra,
yo que amor tuve y cariñoso hogar,
yo que miré de la gigante sierra
las aguas de mi patria resbalar!...



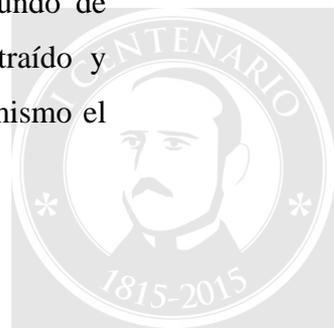
Y en homenaje a los tres seres amados y desaparecidos un año antes Enrique Gil publica en *El Correo Nacional* su composición en prosa poética titulada *Anochecer en San Antonio de la Florida: ¿Literatura de la experiencia sufrida? ¿Autobiografía hecha literatura?* Vierte Gil en este texto, cercano al poema en prosa becqueriano, la melancolía de su alma, recuerdos a un tiempo dulces y punzantes. Relata en esta ‘fantasía’ el desarrollo de su violenta crisis religiosa tras enterarse de la muerte de aquellos seres amados. El joven escritor “ha aprendido de Chateaubriand a retratarse en los personajes de sus ficciones” (Picoche): ¿ha trazado ahí su autorretrato físico y moral?

...Su vestido era sencillo, rubia su cabellera, azules sus apagados ojos y en su despejada frente se notaba una ligera tinta de melancolía al parecer habitual. [...]

Aquel mancebo había nacido con un alma cándida y sencilla, con un corazón amante y crédulo, y la pacífica vida de sus primeros años junto con la ternura de su madre, habían desenvuelto hasta el más subido punto estas disposiciones. Cuando cumplió los quince años eran las mujeres a sus ojos otros tantos ángeles de amor y de paz, o unos espíritus de protección y de ternura como su madre: miraba a los hombres como a los compañeros de un alegre y ameno viaje, y la vida se le aparecía por el prisma de sus creencias como un río anchuroso, azul y sereno por donde se bogaban bajeles de nácar, llenos de perfumes y de músicas y en cuyas orillas se desarrollaban, en panorama vistoso, campos de rosas y de trigo, pintorescas cabañas y castillos feudales empavesados de banderas y resplandecientes de armaduras. El sentimiento de lo grande y de lo bello era un instinto poderoso en él: su corazón latía con acelerado compás al leer en la historia de la Grecia el paso de las Termópilas, y muchas veces soñaba con la caballería y con los torneos de los siglos medios. La libertad, la religión, el amor, todo lo que los hombres sienten como desinteresado y sublime se animaba en su alma, como pudiera en una flor solitaria y virgen, nacida en los vergeles del paraíso; y los vuelos de su corazón y de su fantasía iban a perderse en los nebulosos confines de la tierra, y a descansar entre los bosquecillos de la fraternidad y de la virtud.

Su amor hasta entonces era como el vapor de la mañana, una pasión errante y apacible que flotaba en los rayos de la luna, se embarcaba en las espumas de los ríos o se desvanecía entre los aromas de las flores silvestres. Algunas veces su alma se empañaba y entristecía en la soledad, y se gozaba en los roncós mugidos del torrente; pero muy pronto la fada de sus aguas se le aparecía coronada de espumas y de tornasolado rocío, y en un espejo encantado le mostraba una creación blanca y divina, alumbrada por un astro desconocido de esperanza, que le llamaba y corría a guardarle entre las sombras de un pensil de arrayán y de azucenas. Y la vida tornaba el alma del mancebo, y tenía fe en *mañana* y era feliz.[...]

Evocando el dulce amor de la adolescencia, y aferrándose a la mano amiga de la literatura para no caer en las garras del suicidio, se aparece ahí Enrique Gil como un joven candoroso y sencillo, crédulo, idealista y religioso, soñador de un mundo de belleza y de virtud, enamorado del ideal y distanciado de la realidad, retraído y melancólico. Es, en definitiva, un hombre “romántico”: Gil “encuentra en sí mismo el



tipo literario y social de moda entonces: el joven idealista, voluntariamente inadaptado a la sociedad corrompida en la que vive.” (Picoche)

Los espectros del amor perdido y los fantasmas de la guerra carlista no cesan de asaltar su frágil fortaleza en la noche: antes de que fallezca 1838, año de ‘gloria poética’ en la vida de Gil, ve publicado en el prestigioso *Semanario Pintoresco Español*, dirigido por Mesonero Romanos, el poema *Fragmento*,

¡Mujer!, ¿sólo te vi para perderte?,
¿Es para ti mentida claridad
esta pasión que se hundirá en la muerte,
que verá la confusa eternidad?
[...]

y, ya en las páginas de *El Correo Nacional*, un nuevo y bello poema patriótico: *A la muerte del Conde de Campo Alange*, joven escritor y coronel del ejército cristino muerto en diciembre de 1836 en los preparativos del sitio de Bilbao:

Aún otra vez, callada lira mía,
aún otra vez el himno de los bravos
pueble el silencio de la noche fría
y hiele el corazón de los esclavos.

¡Campo Alange!, ¡perdón!, sombra gloriosa,
perdón para el cantor de los pesares
si en tu corona de laurel hermosa
el eco va a morir de sus cantares.

No es de dolor el himno que te canto,
no es de tristeza tu inmortal memoria,
mengua fueran palabras de quebranto
sobre esa tumba que selló tu gloria.

[...]
Mártir hermoso de los libres fuiste...
Mártir hermoso, tu virtud me inspira.

[...]
Hoy que tus alas cubren las enseñas
que tu brazo otro tiempo defendía,
y en el silencio de enriscadas breñas
te muestras a mi ardiente fantasía,
hoy te pido un cantar de fortaleza
que truene por los ámbitos de España,
[...]

Se ha consagrado como poeta, pero no le basta el verso a Enrique Gil para ganarse el pan. No basta con cantar aquel amor que, habiendo brotado puro, no llegó a

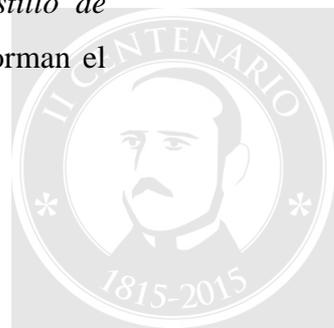


cristalizarse. No basta con cantar la fragilidad de la rosa o la caída de las hojas del otoño: si la infancia fue apacible, si desilusión y desengaño ha sido la juventud, pena y sufrimiento está siendo su madurez. ¡No confiéis, hombres de mucha fe, en el triunfo eterno del amor! Eso ha venido proclamando el poeta: poesía de la desconfianza en la vida, poesía del escepticismo, del pesimismo existencial. (Peral) Y todavía no le han brotado nenúfares en los pulmones.

A principios del otoño ha comenzado a colaborar también como crítico literario en *El Correo Nacional*: Gil se encarga de escribir la crítica teatral, cargo que debe de ostentar de forma oficial, puesto que critica todos los estrenos de Madrid. Le espera un año fructífero en este campo. El poeta va desgranando ahí su ‘poética’, la doctrina estética y el pensamiento político-literario que defiende: el ‘romanticismo crítico’ de Enrique Gil y Carrasco nos está dibujando un personaje bien distinto de ese joven ensoñador y melancólico que hasta ahora nos ha revelado su ‘romanticismo lírico’.

Las flores del mal: Madrid, 1839

Continúa componiendo y publicando poemas, se mezcla cada vez más con la sociedad literaria de su tiempo, alcanza un gran prestigio como crítico, trabaja sin tregua. Ha devorado los cuentos del genio vigoroso de E. T. A. Hoffmann, vertidos al castellano por Cayetano Cortés, y enseguida escribe su reseña periodística, incitando a los lectores de *El Correo Nacional* a que saboreen las maravillas que en ellos se encierran: “El sol del sentimiento es el centro de atracción que Hoffmann ha puesto en el sistema moral de sus obras”. Cuando el *Semanario Pintoresco Español* decide interesar a sus lectores por los tipos, usos y costumbres de las regiones de España, Enrique Gil se ofrece para publicar en la revista una serie de artículos sobre comunidades y pueblos del noroeste español, en particular de las tierras leonesas. Los datos sociológicos, las observaciones artísticas, históricas y etnográficas que ha podido anotar en sus viajes, “más poéticos que científicos”, adquieren ahora formato de reportajes periodísticos con carácter crítico. Artículos folklórico-costumbristas, como *Los maragatos*, *Los montañeses de León*, *Los asturianos* y *Los pasiegos*, y artístico-arqueológicos, como *La catedral de León*, *San Isidoro de León*, o *El castillo de Simancas*, nos revelan algunas de las claves estéticas e ideológicas que conforman el



pensamiento romántico de Enrique Gil. Son elocuentes estas primeras líneas de su artículo *San Marcos de León*:

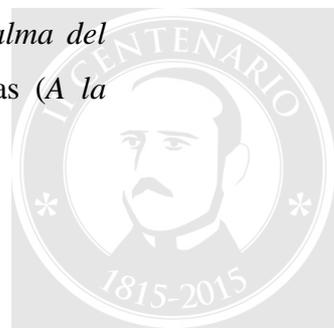
Una de las huellas más profundas que las Órdenes militares de España han dejado tras de sí en su magnífica carrera es, sin duda, el convento de San Marcos que está en las afueras de la ciudad de León, asentado en medio de la frondosa y pintoresca vega del Bernesga, a la margen izquierda de este río, y perteneciente a los caballeros de Santiago: reliquia en verdad venerable y digno recuerdo de aquellos bizarros y cristianos paladines, cuyo corazón era el templo de cuantos sentimientos caballerescos, religiosos y patrióticos alumbraban aquellas tenebrosas y turbulentas Edades. Hoy que los caballeros han desaparecido y la soledad y el silencio son los únicos moradores de sus claustros, el corazón, sin embargo, se ennoblece y la memoria se espacia dulcemente en aquellos sitios, donde tantas veces relincharon los trotones al partir en busca de las haces agarenas, y que tantas otras los vieron tornar victoriosos y ufanos con sus presas y despojos. La historia viva, simbólica y palpitante de nuestros siete siglos de combates con los sarracenos, en ninguna parte está delineada con tanto vigor y elocuencia como en los aporillados paredones de las encomiendas, fortalezas y conventos de las Órdenes militares españolas. Allí, el pundonor y desinterés de la caballería resplandece al lado de la humildad y disciplina religiosa; y aquel patriotismo enérgico y perseverante que sin cesar acosaba y acorralaba a los moros contra el África que nos los enviara, en ninguna parte pudiera encontrar más irrefragable testimonio que en estas santas hermandades, donde los hombres más ilustres venían a ofrecer el sacrificio de sus fueros e independencia en el altar de Dios y de su país.

En el arte se halla encarnada la historia, una historia y una ideología *nacionales*: hemos de apuntalar, proteger y conservar los monumentos artísticos, si no queremos que la destrucción de la piedra nos lleve inexorablemente a la destrucción de la ideología, de la historia, de los fundamentos de la nación. Es este, en suma, el pensamiento que sostiene Enrique Gil: el pensamiento del Romanticismo historicista y nacionalista español, que defienden prácticamente todos los artistas y escritores románticos, amantes de la conservación de las ruinas, los cantos populares y las tradiciones más arraigadas en el alma española.

Se va agotando su inspiración poética, pero todavía le queda ilusión para escribir versos ¿a un nuevo amor? (*A Blanca*), para espantar su pesimismo (*El cautivo*), prefigurando una vez más su fatídico final en las ‘extrañezas’ del frío nórdico:

Yo no tengo una madre ni una esposa
que vengan a llorar en mi ataúd
ni quien escriba en la extranjera losa
las penas de mi amarga juventud.

Ven la luz más poemas (*A F. O. Impresiones de la primavera, La palma del desierto*), algunos con graves erratas, otros como ardientes lanzas patrióticas (*A la*



memoria del general Torrijos), cargados de optimismo porque al fin ha terminado la guerra civil en toda España (*Paz y Porvenir*). Pero el más célebre y uno de los más hermosos sale a la luz en abril: es *La violeta*, la soledad del trovador identificada con la dulce, bella y frágil violeta: la humilde violeta que le habla de la fugacidad de la vida y la brevedad de la belleza y el amor:

[...]
Yo, sin embargo, coroné mi frente
con tu gala en las tardes del abril,
yo te buscaba orillas de la fuente,
yo te adoraba tímida y gentil,

porque eras melancólica y perdida
y era perdido y lúgubre mi amor,
y en ti miré el emblema de mi vida
y mi destino, solitaria flor.

[...]
Hoy vuelvo a ti cual pobre viajero
vuelve al hogar que niño le acogió,
pero mis glorias recobrar no espero,
sólo a buscar la huesa vengo yo.

Vengo a buscar mi huesa solitaria
para dormir tranquilo junto a ti,
ya que escuchaste un día mi plegaria
y un ser hermano en tu corola vi.

Ven a mi tumba a adornar, triste viola,
y embalsama su oscura soledad;
sé de su pobre césped la aureola
con tu vaga y poética beldad.

Quizá al pasar la virgen de los valles,
enamorada y rica en juventud,
por las umbrosas y desiertas calles
do yacerá escondido mi ataúd,
irá a contar la humilde violeta
y la pondrá en su seno con dolor,
y llorando dirá: "Pobre poeta!,
ya está callada el arpa del amor."

Gil está saboreando el triunfo, es miembro activo del Liceo, es el mejor crítico literario de Madrid, está en la cumbre de su carrera artística. ¿Se encuentra cansado el poeta, que desde el 11 de septiembre ya no publica versos?

Al poeta, ay, le han brotado nenúfares en los pulmones: las flores letales de la tuberculosis, esas flores que brotan al llegar el otoño y contagian el aire del Romanticismo, le han dejado postrado. Ha sentido el aviso del "ángel de la muerte". "Al



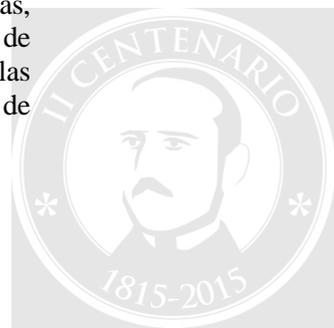
principio es una dolencia gástrica, molesta pero no temible. La infección precipita el proceso larvado de un mal mucho más grave: tuberculosis pulmonar, manifiesta en violenta hemoptisis. Años de pobreza, deficiente alimentación, padecimientos morales, quizá trabajos de que no se conserva noticia, han destruido su salud. Nunca volverá a recuperarla por completo.” (Gullón) Es conveniente entonces abandonar Madrid. Y Enrique Gil, tras tres años de ausencia, emprende a mediados de diciembre el viaje a Ponferrada.

El lago: Ponferrada, 1839-1840

Pasa el invierno en el hogar materno, visita las tumbas de sus ‘desaparecidos’, relee el *Libro de la vida* y el *Libro de las fundaciones* de Santa Teresa, pero echa de menos los dramas de Madrid, su ‘infernol barahúnda’. Se va recuperando, y aprovecha entonces algunas jornadas primaverales para recorrer el Bierzo, para perderse “por esos vericuetos de Dios en busca de materiales.” ¿Y qué materiales va buscando Gil? Unos escenarios y unos personajes que han ido creciendo dramáticamente en su imaginación. Su convalecencia en Ponferrada le ha permitido redactar una de esas historias que andaba buscando, su primer relato de ficción: *La leyenda del lago de Carucedo*. Ahí aparecen ya los grandes tipos humanos que sobresaldrán en *El señor de Bemibre*: el monje virtuoso, el héroe desdichado (Salvador) y la joven (María) amenazada por un noble sin escrúpulos. Y acaso esté proyectando ya escribir su *Bosquejo de un viaje a una provincia del interior*, y aun esa novela histórico-sentimental que habrá de inmortalizar al Bierzo...

Se ha tildado de novelita mediocre *El lago de Carucedo*, pero en su ‘Introducción’ se halla una de las descripciones más bellas que de un lago se pueden componer. Enrique Gil lo absorbe y pinta en un atardecer de primavera:

...Tendido y derramado por su centro, alcánzase a ver desde la ceja de los vecinos montes un lago sereno y cristalino, unido y terso a manera de bruñido espejo, en cuyo fondo se retratan los lugares edificados en las laderas del contorno, esmaltados y lucidos con sus tierras de labor rojizas y listadas de colores, los nabales en flor que parecen menear en el espacio sus flotantes y amarillas cabelleras, como otras tantas nubes de gualda, y los blancos campanarios de las iglesias, que la ilusión óptica producida por la blanda oscilación de las aguas convierte a veces en delgadas, altísimas y frágiles agujas.[...] Por el lado del oriente está asentado el pueblo de Carucedo en una fértil cuanto angosta llanura, y en la misma dirección y sobre las crestas de los montes más lejanos se distinguen las almenas y murallas del castillo de



Cornatel, casi colgado sobre precipicios que hielan de espanto, verdadero nido de aves de rapiña, que no mansión de barones y caballeros antiguos. [...] El lago, iluminado por aquella luz tibia, tornasolada y fugaz, y enclavado en medio de aquel paisaje tan vago, tan agraciado y tan triste, más que otra cosa parecía un camino anchuroso, encantado, solitario, místico y resplandeciente, que en derechura guiaba a aquel cielo que tan claro se veía allá en su término, y que cruzaba la imaginación en su desasosegado vuelo, complaciéndose en adornarlo con sus galas más escogidas, y en colorarlo con sus más hermosos matices...

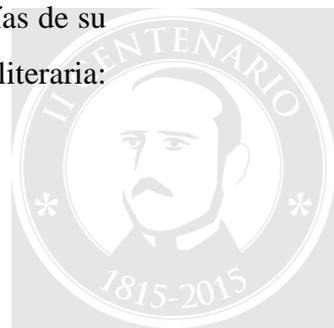
El lago de Carucedo, lugar predilecto de Gil, es un escenario de recogimiento que conduce al éxtasis. El lago es un camino místico que ha de llevar a María y a doña Beatriz al cielo. El lago es una representación del alma de Enrique Gil. *El lago de Carucedo*, “preludio a la gran sinfonía del campo berciano que deseaba escribir” (Gullón). Ved aquí la transfiguración de los amantes en un espejo como de otro mundo:

Tomóla [a María] Salvador en sus brazos y abalanzose a subir el repecho; pero un trozo del edificio, que rodando venía, arrastró consigo a los dos desdichados, que desaparecieron bajo el remolino de aquella súbita inundación. Los monjes, asustados del terremoto y del estrépito de la catarata que ya invadía los sotos y la huerta del monasterio, salieron de tropel y subieron al Campo de la Legión, donde de rodillas y con las manos juntas rogaban a Dios. Aquel diluvio subterráneo continuaba en tanto vomitando su enorme columna de agua, y en menos de una hora ya toda la abadía presentaba la superficie turbia y alborotada de un lago tormentoso, por donde de trecho en trecho asomaban las cimas de los árboles más altos y las torres de la iglesia, como los mástiles de un navío colosal sorbido por las olas. Entonces fue cuando un extraño espectáculo atrajo las miradas de todos los monjes, y era que un ropaje blanco y negro como sus hábitos flotaba sobre las aguas, como el manto del Señor cuando caminaba con pie enjuto sobre la mar irritada, mientras un cisne de blancura resplandeciente, alzándose del agua y posándose en la cima de las rocas de donde brotaba la inundación, cantó con una dulzura y tristeza infinitas como si a morir fuese; después de lo cual levantó el vuelo y se perdió en las nubes.

Envía el texto al *Semanario Pintoresco Español*, pero no se lo publican hasta que regresa en verano a Madrid. Ahí ha de volver y prepararse para nuevos avatares. No puede quedarse por más tiempo en Ponferrada: “En la Corte tiene amigos que le solicitan, la posibilidad de conseguir algún puesto oficial y, con él, recursos para vivir decorosamente, sin fiarlo todo al azaroso favor de las letras.” (Gullón)

El sueño y la razón: Madrid, 1840-1842

Así que regresa en julio a la capital de España con la crítica de las poesías de su amigo Espronceda, que publica en el *Semanario*. Es su mejor artículo de crítica literaria:



en él revela que “su inteligencia y su penetración están respaldadas por rara madurez de juicio.” Ahí expone sus ponderadas ideas sobre la evolución de la poesía y el arte desde la época de la Ilustración y el Neoclasicismo hasta el Romanticismo. La poesía, hasta entonces patrimonio de las clases privilegiadas, “ha bajado a la oscura vivienda del pobre, labrándose un porvenir de gloria, y su influjo nunca dejará de guiar a la humanidad a manera de estrella benéfica”. Los poetas han tropezado con el escepticismo desconsolado, con la duda, la desconfianza y la angustia. Son grandes las dificultades para reconstituir los sentimientos y valores tradicionales en medio de un clima de tensiones y agitaciones políticas y sociales. Pero, si la literatura ha de ser el reflejo y expresión de su siglo, forzoso es, sostiene Gil, “que la nuestra retrate las penas, los temores, las esperanzas y disgustos que sin cesar nos trabajan”: será literatura constructiva aquella que no cierre al hombre las puertas de la esperanza.” El mundo, egoísta y frío, necesita consuelo y no sarcasmos; esperanzas y no desencantos es lo que se debe ofrecer, “pues el corazón humano está necesitado de consuelo y de luz.” Tras la muerte de Larra, Gil se ha erigido en el mejor crítico romántico español.

En noviembre de 1840, por recomendación de su amigo Espronceda, obtiene el puesto de ayudante ‘segundo’ de don Martín de los Heros, nuevo director de la Biblioteca Nacional de Madrid. Tiene un sueldo fijo, aunque modesto, de 9.000 reales al año; puede atender las necesidades familiares, escribir por gusto y, sobre todo, explotar la mina inagotable de una gran biblioteca.

Y entonces reverdece en él la idea de escribir su gran novela “original”. Pues ha decidido abandonar el verso. En la primavera de 1841 publica su poema *La caída de las hojas*, que constituye, en la mente del poeta, su adiós al género lírico: tan sólo una vez más rebrotarán en él las hojas de la poesía, y será entonces por la muerte de su admirado Espronceda.

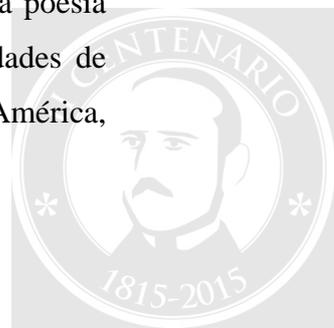
Caed, hojas, caed, y mi esperanza
ya sin verdor llevad.
Venid, vientos de otoño, sin tardanza
su encanto arrebatad
[...]
Veladle y, tristemente susurrando,
“el poeta –decidle- nos envía,
que en tinieblas sin fin se quedó allá,
su amor, su pena y soledad cantando;
mas canta, blanco cisne, en su agonía,
y su cítara en breve callará”



Sí, seguramente que es entre los anaqueles de la Biblioteca cuando comienza a gestarse, bajo otra forma de escritura, “la actualización de un viejo motivo poético anclado en su recuerdo”: el *Recuerdo de los Templarios* vuelve a tocar a su puerta con los nudillos del otoño. Esa evocación del mundo templario vendrá a ser “como el eco de las voces que desde una lejana armonía responden al oscuro monólogo de lo indecible, el correlato que articulará todo el conjunto de la historia que ha comenzado a escribir, una novela cuyas raíces poéticas son evidentes en la sencilla pero muy rotunda exposición de aquel bello y desapercibido poema.” (Mestre-Muñoz)

Y como un racimo de algas se agita aún en su conciencia de novelista *El lago de Carucedo*: ese ‘lago’ como una prefiguración del mar tempestuoso por donde están ya cabalgando los desdichados amantes de *El señor de Bembibre*. Tiene ya el poeta grabada en la imaginación su dolorosa trama: Beatriz, hija única de don Alonso Ossorio, se ha prometido desde niña con don Álvaro Yáñez, señor de Bembibre y sobrino de don Rodrigo, maestro del Temple en Castilla. Pero un día solicita a la dama el conde de Lemos, enemigo de los Templarios y uno de los poderosos que con mayor ahínco lucha por destrozarlos. Quiere Ossorio que su hija ceda al conde, movido por el deseo de procurarla mejor matrimonio y por recelo a que la inminente ruina del Temple derribe a don Álvaro, ligado a la Orden por vínculos de parentesco y afecto. Los empeños del padre, la reclusión conventual, las amenazas, la enfermedad y la fiebre no vencen la resistencia de Beatriz ni amenguan su amor por don Álvaro; mas la petición de su madre moribunda la obliga a ceder, cuando también cree muerto a don Álvaro. Acepta al conde como sacrificio exigido por imaginarias faltas. Vuelto don Álvaro de la prisión (pues cautivo y no muerto ha estado en tierras de Castilla), al saber violada la promesa de Beatriz, tras entrevistarse con ella y hacerle saber las maquinaciones del conde, ya su esposo, profesa como Templario en Ponferrada, cuando el Pontífice ha decretado se incoe proceso a la Orden. Vienen luego los combates entre templarios y banderizos, y el enfrentamiento en singular pelea de don Álvaro y su rival...

En su tiempo libre lee libros de historia de España, de la Orden del Temple, del Reino de León; devora novelas históricas, extranjeras y nacionales: la creación exige documentación y método. Y continúa su tarea como periodista, colaborando con artículos de crítica literaria, de carácter histórico y filosófico, para la revista *El Pensamiento*: reflexiones y comentarios perspicaces sobre Luis Vives, sobre la poesía del duque de Rivas, críticas atinadas de algunos estudios sobre las comunidades de Castilla y sobre los viajes y descubrimientos de los españoles en América,



observaciones muy sugerentes sobre la literatura y los literatos de los Estados Unidos de América... Son suficientes estos textos para poder al fin trazar la otra ‘personalidad’ de Gil, un Enrique Gil distinto del poeta triste y melancólico y del novelista-pintor de las bellezas del Bierzo: Gil y Carrasco se nos presenta en sus artículos como un crítico lúcido y exigente, dotado de un alto nivel de penetración artística y de capacidad de análisis, sereno y riguroso. Asombra el perfecto dominio que tiene de las grandes ideas estéticas que se extienden por el mundo y cómo ha ido aplicándolas coherentemente. Es el pensador romántico que ha sabido advertir la significación y trascendencia que ha alcanzado el arte de su época, así como la misión especial que le está reservada al artista moderno. Consciente de su dimensión moral y política, trata siempre de conjugar la proyección nacionalista del arte con el sentido universalista que está tomando en la construcción de la historia cultural contemporánea. Gil y Carrasco, en definitiva, contribuye de forma clara y brillante a abrir las puertas de la Modernidad en su amada España.

El silencio fecundo: Ponferrada, veranos del 41 y el 42

Pero los nenúfares continúan alborotando sus pulmones. A finales de junio solicita una licencia de dos meses por razones de salud. Sólo se le concede un mes, que pasa en Ponferrada. Los cuidados familiares y el ambiente del Bierzo ejercen sobre él influjo favorable. Y cómo no imaginarlo en el silencio de la villa paseando por entre las ruinas del castillo del Temple, ideando escenas con la frente puesta en el fortín de Cornatel, pergeñando orillas del Sil bocetos paisajísticos, retratos y diálogos de *El señor de Bembibre*. Acaso el comienzo esté ya escrito de este modo:

En una tarde de mayo de uno de los primeros años del siglo XIV, volvían de la feria de San Marcos de Cacabelos tres, al parecer, criados de alguno de los grandes señores que entonces se repartían el dominio del Bierzo.

Ha de regresar a Madrid, y al caer octubre, cuando se cierra la revista *El Pensamiento*, decide abandonar Gil toda clase de actividad periodística. Y guarda un silencio largo, hasta el año siguiente. Es un ‘silencio fecundo’: la construcción de su ambiciosa novela histórico-sentimental exige gran concentración y paciente trabajo. “Amores tejidos con pura sustancia de irrealidad, personajes en cuyo espíritu vibra la misma delgada llama que a él le sostiene...” (Gullón) Cierra los ojos, siente el rumor de



las aguas del Bierzo, la inquietud de los pájaros sobre las almenas templarias... La historia de los Templarios le ha seducido desde niño. El mundo soñado está cobrando forma en su estancia, materia en sus cuartillas. Beatriz será ella, su amada adolescente. Y él será don Álvaro, el señor de Bembibre. ¿O acaso su espíritu de varón enfermo se acaba proyectando en Beatriz? Un amanecer de ese invierno escribe:

¡Tristes contradicciones y debilidades las del pobre corazón humano! La heredera de Arganza tenía por esposo un hombre joven todavía, lleno de vigor y robustez; su salud, por otra parte, de día en día se quebrantaba; el cielo y la tierra de consuno parecían apartarla de su primer amor, que según todas las apariencias no podía estar más perdido para ella y sin embargo, la nueva de aquellos votos le causó profundísimo dolor. ¿Qué podía esperar? ¿Qué podían descubrir sus ojos en el nebuloso horizonte del porvenir, sino soledad y pesares sin término y sin cuento? ¡Extraño misterio! La esperanza es una planta que brota en el corazón, y que si no florece cuando el dolor ha trocado su campo en arenal, todavía conserva su tronco enhiesto como una columna fúnebre, y aun regado por la fuente de las lágrimas brota tal vez alguna hoja marchita y amarillenta. Doña Beatriz se había visto separada de su amante por escaso arroyo, su matrimonio desgraciado lo había convertido en río profundo y caudaloso, ahora la profesión de don Álvaro acababa de trocarse en mar inmenso, y la desventurada, sentada en la orilla, veía desaparecer a lo lejos el bajel desarbolado y roto en que, para no volver, se partían sus ilusiones más dulces.

La muerte llama en mayo de 1842 a José de Espronceda. Ha presenciado Gil los últimos instantes del enorme poeta y amigo. Su agonizante final le incita a componer el que será su último poema, *A Espronceda*:

[...]
¡Y yo te canto, pájaro perdido,
yo a quien tu amor en sus potentes alas
sacó de las tinieblas del desierto,
que ornar quisiste con tus ricas galas,
que gozó alegre en tu encumbrado nido
de tus cantos divinos el concierto!
¿Qué tengo ya para adornar tu losa?
Flores de soledad, llanto del alma,
flores ¡ay! sin fragancia deleitosa,
hiedra que sube oscura y silenciosa
por el gallardo tronco de la palma.
¡Oh, mi Espronceda! ¡Oh, generosa sombra!

elegía que lee con voz quebrada sobre su tumba, entre los altos cipreses del camposanto de San Nicolás. “La muerte es el retorno a la patria perdida al nacer.”



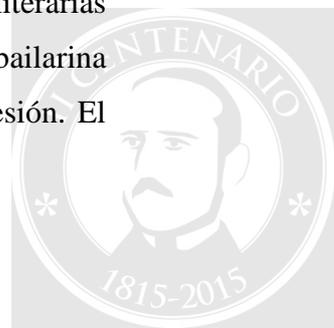
Y a su patria chica, generosa Ponferrada, regresa Enrique Gil durante las vacaciones de verano. Los nenúfares esparcen ya su líquido amatista por los muros de su pecho. Entretanto es hermoso perderse por las cumbres de los montes Aquilianos, es un gozo visitar las ruinas de los monasterios de San Pedro de Montes y Santiago de Peñalba... Y comienza a redactar Gil el *Bosquejo de un viaje a una provincia del interior*: las excursiones que acaba de realizar están ahí, el mismo material paisajístico que le sirve para guarnecer *El señor de Bemibre*. Por el *Bosquejo* fluyen y descuellan todos los ríos, montes y montañas del Bierzo, se resalta todo el esplendor de la vegetación berciana: hay fragmentos descriptivos en los que Gil y Carrasco, extasiado en la contemplación del paisaje, eleva a categoría mítica estampas de esta verde tierra. (Díez) No es fácil combinar la exaltación de las bellezas del Bierzo y de León con la denuncia del estado lamentable en que se encuentra la mayor parte de sus monumentos y obras artísticas. Critica el poeta la incuria y desidia que tanto han empobrecido el patrimonio cultural local y provincial. ¡Que intervenga la Real Academia de la Historia y salve de la total destrucción los vestigios de nuestra civilización! Eso está pidiendo a gritos Gil en su *Bosquejo*... Serán publicadas estas lamentaciones y protestas en las páginas del periódico *El Sol*, entre febrero y abril de 1843...

La misión: Madrid 1843-1844

...Consagra el invierno y primavera de ese año a culminar *El señor de Bemibre*. Y se la ofrece luego al editor Francisco de Paula Mellado, para que la publique en su Biblioteca Popular. No verá la luz hasta el año siguiente. Para entonces Enrique Gil habrá salido ya de España con destino a otras nieblas...

Pasa noches con fiebre, tose y, fiel a su interés por las costumbres populares, la etnografía y las tradiciones campesinas, escribe tres artículos (*El maragato*, *El segador*, *El pastor trashumante*) para que sean publicados en uno de los proyectos editoriales más importantes del Romanticismo español: *Los españoles pintados por sí mismos*.

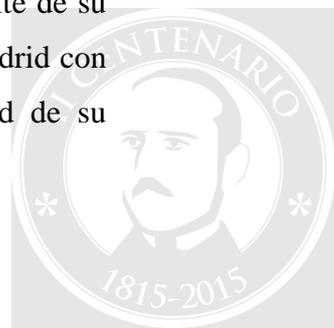
En noviembre emprende una nueva actividad periodística regular: se encarga de redactar para la revista religiosa y conservadora *El Laberinto* una crónica titulada *Revista de la Quincena*, en la que se refieren las manifestaciones artísticas y literarias recientes. Y trabaja con gusto. Le encantan los ballets del teatro del Circo. La bailarina Guy Stephan, creadora de *Gisela o las Willis*, le produce extraordinaria impresión. El



arte se halla ahí, en esa mujer-artista que se aproxima al tipo eterno de perfección y de hermosura, que más o menos distinto encuentra en el fondo de su alma cualquier persona bien organizada. Y de la bailarina escribe repetidas veces, dejando ver la impresión que le produce ese “tipo eterno de hermosura”. A sus veintiocho años, Gil se ha enamorado de *Gisela*, cuyo argumento “está lleno de aquella vaga y melancólica pureza de que se revisten la mayor parte de las tradiciones alemanas.” La melancolía del romanticismo nórdico: por esos parajes de neblinas y baladas azules no tardará en perderse Gil...

La ‘marcha de la historia’, de la historia liberal de España, arrolla la propia voluntad de los hombres que están construyéndola. En diciembre de 1843 es nombrado presidente del Gobierno Luis González Bravo, un joven de treinta y dos años a quien Enrique Gil conoce por haber colaborado junto a él en las páginas de *La Legalidad* y *El Pensamiento*. Y emprende González Bravo una política exterior que trata de asegurar el trono mediante el reconocimiento de los estados europeos que habían apoyado a los carlistas. Hay una nación muy interesada en tal reconocimiento: Prusia. González Bravo juzga importante disponer de un agente permanente en ese país, y entonces nombra a Enrique Gil Secretario de Legación. Pero no hay que pensar que el escritor fuera en realidad el encargado de negociar el reconocimiento de su Gobierno por el de un país tan poderoso de Europa. La misión encargada por escrito a Enrique Gil es, seguramente, “pretexto para otro asunto de más envergadura” (Picoche). “Queriendo la Reina aprovechar las luces y conocimientos de V. se ha servido mandar que, revestido del carácter de Secretario de Legación que S. M. le concede, pase V. a recorrer los diferentes Estados de Alemania para suministrar al Gobierno los datos y noticias que se especifican en el adjunto pliego de instrucciones...” Pero su actividad no se limita a la redacción de un informe sobre la Liga Económica de Alemania (*Zollverein*). Y si la misión informativa no interesa verdaderamente al Gobierno español, si es un mero pretexto, ¿cuál es entonces su misión? ¿Sólo y esencialmente psicológica? ¿Ser en Berlín una personalidad oficial capaz de representar al país, esperando el reconocimiento y el intercambio de embajadores? ¿O acaso ser un informante secreto, un espía entre la niebla de Berlín al servicio de la Monarquía española? Lo cierto es que su actividad en la urbe alemana, aunque breve, no será inútil.

Gil, que no sabe alemán, se dedica seis horas diarias a estudiarlo. Dimite de su cargo de bibliotecario en febrero, y a principios de abril de 1844 abandona Madrid con destino a Berlín. Aún no ha cumplido veintinueve años, “pero la gravedad de su



condición, su inteligencia serena y su porte reposado le hacen parecer de más edad.” (Gullón) Con esa levita de fino paño gris, corbata de plastrón bajo el cuello de pajarita, pantalón ajustado, y esa tez pálida, cabello castaño claro, casi rubio, y ojos azules, parece este joven diplomático berciano un apuesto y misterioso bardo alemán.

El largo viaje...: abril-septiembre de 1844

Lleva diez mil reales en el bolsillo que para gastos de viaje le ha anticipado el Ministerio de Estado. Pasa primero por Valencia y luego por Barcelona, pues desea comprobar el desarrollo industrial en las dos ciudades. Embarca el 20 de mayo en un vapor francés rumbo a Marsella. Cuatro días después sale hacia París. El paisaje galo se extiende soberbio y hermoso bajo las ruedas del carruaje. A veces su fantasía herida le transporta al país de su infancia: El Ródano es el Sil:

El paisaje, alumbrado ya por los últimos rayos del sol, era en sí mismo muy hermoso sin duda, pero a mis ojos tenía un mérito y atractivo especial porque me recordaba las hoces y cañadas por donde he visto correr las aguas cristalinas del Sil en mis primeros años, y parecía traerme un eco de aquellas quebradas y un recuerdo de mi patria ausente y querida.

En ferrocarril llega a París, donde permanece desde fines de mayo hasta principios de agosto. Se encuentra a gusto en la capital de Víctor Hugo y los locos bohemios posrománticos, aunque de la vida literaria en la ciudad del Sena nada deja escrito:

Mientras ha durado mi residencia en París, he encontrado tantos paisanos y amigos, que por medio de la conversación he tenido ocasión de fijar mis ideas y de consolidarlas con su juicio. París es en el día una especie de patria común, y hasta que ha llegado el momento de salir de sus muros no he creído dejar mi querida España.

Y se da el gusto de hacer un viaje a Rouen, movido por el deseo de “recorrer la línea más larga de camino de hierro que hasta ahora existe en este país, lo delicioso de las orillas del Sena... y la rara fisonomía de la antigua capital normanda.”, la cuna de quien está soñando ya *Madame Bovary*. La relación que escribe de ese viaje, que será publicada por *El Laberinto*, es su adiós al periodismo. Mas el mismo día en que abandona París comienza a redactar un *Diario de viaje*, seguramente con la idea de



convertirlo más tarde en libro. Son las páginas de este *Diario* escritas con la frescura y la ilusión de quien goza descubriendo mundos traspasados de belleza antigua y deslumbrante, pero también con el escepticismo y el dolor de quien presiente que está llegando a la estación de la muerte. Rodando va Gil por los caminos de una Europa en brumas revolucionarias, peregrinando en diligencia, en barco, en tren... Recorre el norte de Francia, Bélgica y Holanda, las villas del Rhin hasta Maguncia... Los nenúfares se rebelan, se agitan en su pecho, y a veces el deseo de morir es más poderoso que todos los resplandores del pasado:

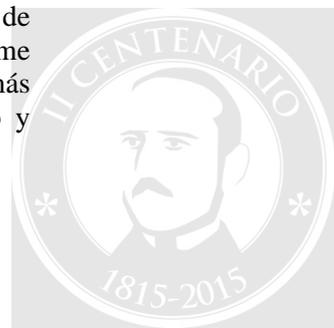
El día se me ha pasado muy agradablemente. Sólo un deseo se me ha ocurrido, el mismo que a *Childe-Harold*, “que las aguas de este río fuesen las del Leteo” y lavasen mi memoria de ciertos sedimentos acres y amargos.

Pasa algunas noches en vela, camina por las calles con desasosiego, a veces el traqueteo del vehículo le produce “ansias de estómago” y vómitos que le dejan extenuado. Hay ciudades que se le representan hermosas para un descanso eterno:

Coblentza es la ciudad mejor situada que hasta ahora he visto en el Rhin, y tal vez en ninguna otra parte tanto por la confluencia de los dos ríos y de varios caminos que allí se juntan como por los accidentes de su terreno, todos diferentes y todos esencialmente pintorescos. Si la suerte me condenase a vivir y morir lejos de los míos, de lo que he visto hasta ahora escogería este pueblo.

La Belleza del Bierzo se le aparece al contemplar los bosques de Laach, el Lago y la Abadía:

...el país, que da a la espalda del Rhin por aquella parte, ofrece analogías tan visibles en las desigualdades del terreno y en el color de la tierra con varios parajes del Bierzo, que para mí es muy probable que las condiciones geológicas de entrambas son iguales (...) subimos una cuesta, desde cuya cima el lago se presenta a los ojos del viajero. A los pocos pasos, la abadía con sus seis torres parece salir del dichoso rincón en que está situada, a la vera de bosques frondosísimos y a la orilla de aquella tranquila y fresquísima balsa, que parece servirle de espejo... Estos bosques, de cuya verdura y lozanía sólo he hallado ejemplo en algunas de las montañas del Bierzo y, sobre todo, entre Peñalva y Montes, cubren completamente la tierra, de manera que sólo por aquí o acullá asoma algún peñasco la cabeza como a hurtadillas. No es fácil figurarse cuánto suavizan y animan aquellas laderas estas verdes espesuras, ni con qué placer se pierde la imaginación en sus abrigos y sombras misteriosas. (...) Después de visitar la iglesia me paseé un rato por sus orillas, observando el movimiento de las aguas rizadas por el viento, y el raro mosaico y desvanecimiento de tintas que formaban las diferentes nubes esparcidas de trecho en trecho por el cielo en aquel espejo, que apenas cesaba el viento se unía y resplandecía como verdadero. Traíame todo esto a la memoria el lago de Carucedo y los paseos que he dado por sus orillas, pero por mucho que me complaciera el que tenía delante, recordaba con gusto el de mi país, mucho más grande, más variado, más hermoso y más lleno de recuerdos, no tan fresco y



apacible. Sin embargo, la calma y atractivo de Laach y su abadía se pegan extraordinariamente al alma, y para acabar los días de la vida apenas acierta el deseo a pedir más sino la posesión de un terreno y retiro como éste.

Francfort, Hannover, Magdeburgo, Potsdam... Gil no parece tener prisa, desea verlo y anotarlo todo, en sus manos lleva *Las peregrinaciones de Childe-Harold*, de Byron. Y, embriagado por los versos del bardo inglés, se emociona al despedirse del Rhin en Maguncia, y pronuncia en voz alta: “Adiós, adiós digo a los que seguisteis a mi peregrino en este último viaje... ¡Ojalá nadie llegue a conocer su dolor!...”, esa estrofa final del *Childe-Harold* se le oye declamar antes de separarse de la orilla del Rhin.

Uno de los monumentos más bellos de Francfort, anota Gil, es su cementerio judío. No se disfraza aquí a la Muerte, como en los cementerios de Francia; al contrario, se la suaviza y hermosea en lo posible. “Si en este cementerio se apareciera...”, piensa Gil, lo haría con semblante atractivo, como en los versos de su “querido y malogrado” Espronceda. Es más que hermoso visitar cementerios en la hora del crepúsculo: eso está sintiendo ahí el bardo de la niebla.

...hacia la tumba: Berlín, 1844-1846

Cansado y enfermo, tras frenético viaje, el 24 de septiembre de 1844 llega a la capital prusiana el agente diplomático de la Graciosa Majestad de doña Isabel II. Las nieblas líricas del Septentrión se han derramado sobre la ciudad. La acogida que le hace el barón Alexander von Humboldt, a quien entrega sus cartas de presentación, no puede ser más benévola y cortés. Y con él conversa desde un principio en lengua castellana, “lengua que parece amar con predilección.” Porque Alejandro de Humboldt, “anciano vigoroso, de suave y abundante cabello blanco”, es el sabio científico y humanista que cuarenta y cinco años antes, viajando en coche alquilado rumbo a La Coruña con el propósito de emprender desde ahí un admirable periplo por la América española, se detuvo a contemplar el vergel del Bierzo y decidió pernoctar en Villafranca. Tal vez por esa feliz circunstancia siente entonces Humboldt una simpatía activa por Enrique Gil: su decaída afabilidad, la falta de énfasis de su frágil persona... Se convierte en su mentor, conversa con él sobre las maravillosas gestas de los españoles en América, lo presenta en sociedad, elogia su talento ante los ministros y el Rey, pondera sus buenas disposiciones, y le facilita así el acceso a los círculos aristocráticos.



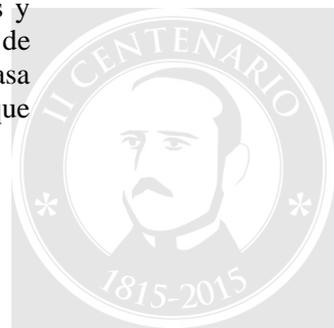
Doce días después, el monarca prusiano Federico Guillermo IV convida a don Enrique Gil y Carrasco a un banquete en Potsdam. Poco tiempo ha necesitado para hacerse con las mejores fuentes de información que lo vinculan a los centros del poder. Es presentado a Su Alteza Real la princesa de Prusia, e invitado a palacio por el Príncipe Carlos; es recibido por el barón de Bulow, ministro de Asuntos Exteriores; se hace amigo del banquero Mendelssohn... Y no ha dejado de cumplir con diligencia su misión de informar sobre las condiciones industriales alemanas al gobierno de Madrid.

El primer otoño de su estancia en Berlín goza Gil de buena salud. ¿Va a permitir la misericordia de Dios que la planta del Mediodía se aclimate entre las ruinas del Septentrión? Esa pregunta que se hacía su hermano Eugenio es retóricamente cruel. A principios del verano de 1845 se agudiza la tos y aparecen los esputos sanguinolentos. Los médicos le prescriben reposo, y se marcha a los baños de Reinerz, en Silesia, donde nuevos vómitos de sangre le dejan extenuado:

Una tos violenta mezclada con esputos de sangre me hizo guardar cama durante el mes de julio, hasta que en los primeros días de agosto pasé a Silesia a tomar las aguas de Reinerz por consejo del médico. Por desgracia lejos de encontrar alivio, he corrido allí un grave riesgo y sólo con infinito trabajo he podido volver a Berlín. En la actualidad los facultativos son de opinión que los fríos del invierno de este clima podrían producir los peores resultados y que mi dolencia sólo podría curarse respirando durante algunos meses el aire de Niza en Italia.

Se le conceden cuatro meses de licencia, aunque demasiado tarde: se encuentra sin fuerzas, reducido a inmovilidad en el lecho, por temor a que nuevas hemoptisis... Nada ya le puede remediar el mal. Los nenúfares han tomado posiciones en sus celdillas pulmonares, le están perfumando el alma con su líquido amatista, en cualquier momento pueden estallar. Mas todavía le quedan algunos días de exultación. Durante el otoño llegan de Madrid algunos ejemplares de *El Señor de Bembibre*. Le envía uno al barón de Humboldt “en agradecimiento de su protección constante y delicada, en testimonio de respeto profundo a su carácter y como prueba de adhesión absoluta a su persona.” El propio barón le aconseja ofrecer un ejemplar al Rey, quien lo recibe, encuadernado en seda, el día de Navidad. El monarca, que conoce la lengua española, lee la novela

... Estaba poniéndose el sol detrás de las montañas que parten términos entre el Bierzo y Galicia, y las revestía de una especie de aureola luminosa que contrastaba peregrinamente con sus puntos oscuros. Algunas nubes de formas caprichosas y mudables sembradas acá y acullá por un cielo hermoso y purísimo, se teñían de diversos colores según las herían los rayos del sol. En los sotos y huertas de la casa estaban floridos todos los rosales y la mayor parte de los frutales, y el viento que



los movía mansamente venía como embriagado de perfumes. Una porción de ruiseñores y jilguerillos cantaban melodiosamente, y era difícil imaginar una tarde más deliciosa...

y ordena que le traigan mapas para buscar el Bierzo. La mejor novela histórica del Romanticismo español ha conmovido al Rey. Y el Rey le concede a Enrique Gil la Gran Medalla de Oro, reservada a las personas sobresalientes en las artes y las letras. Eso se lee en su último informe, escrito el 30 de enero de 1846. En el lecho de muerte ha recibido la medalla.

Y escribe otra carta a su madre, seis días antes del desenlace, para tranquilizarla acerca de su salud. Su amigo José de Urbistondo va a verle a casa el 21 de febrero, y una carcajada del enfermo le hiela la sangre en el corazón. Apenas puede respirar, pierde el habla, y hacia las doce de la noche pide por señas al criado que ponga la cama en medio de la habitación para respirar mejor... Balbucea unas palabras, cae en un denso sopor... Y de golpe en las entrañas le revientan todos los nenúfares: es el amanecer del domingo 22 de febrero de 1846. Niebla cárdena sobre Berlín. Tan sólo treinta años.

Un puñado de amigos vela el cadáver y prepara el entierro, “oh, morir solo en ignorada tierra.” Tres días después, y en presencia de varios diplomáticos, se celebra el funeral en el cementerio católico de Santa Eduvigis, un camposanto que después de la Segunda Guerra Mundial quedará dentro de los límites del Berlín Este. El anuncio de su muerte pasa casi inadvertido en los medios políticos y literarios españoles. Casi nadie se conmueve. “Nadie vendrá en mi túmulo a llorar”, había escrito el ‘huésped de las nieblas’. Y muere con algunas deudas, que el gobierno español se digna pagar ocho años después. Sin embargo su madre, doña Manuela Carrasco, no va a obtener nunca la pensión que solicita en recompensa de “los méritos y servicios prestados por su hijo.”

En el décimo aniversario de la muerte, un “peregrino del sur” español, el poeta Eulogio Florentino Sanz, visita el cementerio y coloca una violeta en su tumba, única sin flores, y eterniza la eterna soledad de Gil en su bella *Epístola a Pedro*:

¡Mas sola allí... sin flores... sin verdura...
bajo su cruz de hierro se levanta
de un hispano cantor la sepultura!...
Delante de su cruz tuve mi planta...
Y soñé que en su rótulo leía:
“¡Nunca duerme entre flores quien las canta!”
¡Pobre césped marchito! ¡Quién diría
que el cantor de las flores, en tu seno
durmiera tan sin flores algún día!
Mas ¡ay del ruiseñor que, en aire ajeno,



por atmósfera extraña sofocado,
sobre extraña región cayó en el cieno!
¡Ay del vate infeliz que, amortajado
con su negro ropón de peregrino,
yace en su propia tumba desterrado!

Caducado el derecho de su sepultura, en 1882 se abre su tumba y se sepulta en ella el cadáver de un tal Peter Reichemperger. “¿Quién conoce el destino de sus huesos, y cuántas veces van a ser enterrados”, Thomas Browne? En la primavera de 1987, “el remanente de los huesos” de Enrique Gil es por fin trasladado a Villafranca del Sueño: en la iglesia de San Francisco, un humilde sepulcro guarda el misterio del bardo de la niebla.



BIBLIOGRAFÍA *

CAMPOS, J., ‘Introducción’ a Enrique Gil y Carrasco, *Obras completas*, Madrid, B.A.E., 1954, pp. VII-XXXI.

CARNICER, R., ‘Prólogo’ a Enrique Gil y Carrasco, *El Señor de Bemibre. El lago de Carucedo*, Valladolid, Ámbito, 1992, pp. 7-15.

DÍEZ TABOADA, M. P., ‘Introducción’ a E. Gil y Carrasco, *Bosquejo de un viaje a una provincia del interior*, León, Diputación Provincial de León, 1985, pp. 7-68.

FERNÁNDEZ, V., “Una nueva mirada sobre la vida y obra de E. Gil y Carrasco”, en *Bierzo*, Ponferrada, 2001, pp. 74-84.

GULLÓN, R., *Cisne sin lago*, León, Diputación Provincial de León, 1989.

MESTRE, J. C. y MUÑOZ SANJUÁN, M. A., ‘Introducción’ a E. Gil y Carrasco, *El Señor de Bemibre*, Madrid, Espasa-Calpe, 2004, pp. 9-135.

PERAL VEGA, E., ‘Introducción’ a E. Gil y Carrasco, *Obra poética*, León, Diputación Provincial-Instituto Leonés de Cultura, 2000, pp.11-63.

PICOCHE, J.-L., *Un romántico español: Enrique Gil y Carrasco (1815-1846)*, Madrid, Gredos, 1978.

QUINTANA, A., *Juana Baylina amor y musa de Enrique Gil y Carrasco*, Astorga, Instituto de Estudios Bercianos, 1987.

* El lector ha de saber que la presente biografía es de carácter divulgativo, y que la siguiente que se cita es tan sólo una bibliografía básica.

